

Santos Ángeles Custodios



2 de octubre de 2024

Job 9, 1-12.14-16

Sal 87

Mt 18, 1-5.10

P. Eduardo Suanzes, msp

En el Evangelio que hemos escuchado Jesús les dice a sus discípulos: «*Cuidado con despreciar a unos de estos pequeños, pues yo les digo que sus ángeles en el cielo ven continuamente el rostro del Padre*». Con los pequeños no sólo se hace referencia a los niños, sino también a todos los desconocidos, desamparados y humildes de la comunidad. Jesús nos dice que cada uno de estos seres pequeños y desamparados tiene un ángel que puede ver la luz de Dios. Gracias a este párrafo de la Biblia la Iglesia ha enseñado la creencia en un ángel de la guarda.

Me parece muy sugerente que Jesús enseñe a sus discípulos la existencia de los Ángeles de la Guarda en relación con los pequeños, con los niños, con los últimos. Pero ojo, creo que no hay que confundir la realidad del Ángel de la Guarda con la imagen infantil de un angelito dulce con sus solas cabecitas y alitas en el cuello que nos acompañan a todos lados. Jesús está hablando a adultos ya hechos y derechos y no a niñitos por hacer; y les está diciendo que ese terminar de hacerse, que la madurez espiritual tiene como destino el ser niños; es decir, volver a la dependencia, al ser pequeños, a ser ninguneados, a volver a ser últimos. Este resquebrajamiento de la personalidad egoica exige una ayuda especial, un impulso determinado hacia esa dirección, porque de lo contrario, dejados a nuestro solo hacer, sería imposible alcanzar tal meta.

Jesús retoma la concepción judía y la amplía, ya que para el judaísmo rabínico los ángeles están en la Tierra y no pueden ver la luz divina. Jesús, en cambio, ahora quiere decirnos que cada persona tiene un ángel de la guarda que a su vez puede ver al Padre, es decir, que está personalmente en intimidad con el Padre y con el hombre, encontrándose cada persona bajo la especial protección de Dios, quien envía un mensajero propio a cada uno. La misión de este mensajero es ayudarnos por todos los medios posibles a que nos abramos a la gracia de dismantelar el viejo y egoísta «yo» altivo y hegemónico, y convertirnos así, maduramente, en el niño evangélico, que nada tiene que ver con el niño infantil. Esa es la infancia espiritual a la que estamos llamados, y ahí es donde nuestro Ángel de la Guarda, por especial regalo de Dios, por su amor infinito, tiene su misión con nosotros.

Cada ser humano, por tanto, tiene, entonces, una relación con Dios a través de su ángel. Cada uno puede llegar a través de su ángel a Dios y, entonces, nadie se encuentra limitado a lo visible y lo posible. Nadie está desamparado aun cuando camina solo cuando la vida golpea.

La Iglesia afirma que Dios le envía a cada uno un ángel desde el momento de su concepción. Si esto es así, que lo es, entonces el hombre no existe sin un ángel, es decir, no está completo sin él¹.

¹ Cfr. ANSELM GRÜM. *Todos tenemos un ángel*. Ed. Bonum. Buenos Aires, 2007